

S.T.

# EL ESTADO Y SU EVOLUCION

Un importante estudio  
del sabio recientemente fallecido



---

por PIETRO UBALDI

---

La historia avanza sin descanso. Cada siglo produce, elabora, asimila un concepto, y lo entrega realizado —patrimonio hereditario que se acumula— al siglo siguiente, que a su vez se dispondrá a nuevas creaciones. Cada época tiene una función creadora propia; los otros aspectos de la vida, en tanto, callan y esperan. Así la Edad Media, entre violencias y pasiones, terrores satánicos y visiones místicas, se hallaba consagrada a la construcción de su conciencia del bien y del mal: un tormento del alma, para volver a encontrar la voz de Dios; una fatiga estimulada por el espanto de un dolor colectivo opresivo, para realizar el sueño de la liberación individual. Titánica ebullición de almas, el Medioevo, en los dominios del arte, la política y la ciencia, echaba la semilla de las mayores construcciones espirituales. Vuestra centuria ha olvidado el espíritu, para crear en cambio, ciencia, mecánica y velocidad, las que han formado vuestra psicología. Pronto serán éstas cosas adquiridas y, aun utilizán-

dolas, la conciencia se dirigirá, con los nuevos medios, más potentes, hacia más elevadas construcciones del espíritu en todo terreno. Las leyes de la vida adormecidas por los siglos en un ritmo igual, han experimentado una sacudida, despertando hoy para lanzaros hacia la nueva civilización del tercer milenio.

Y así como la revolución francesa —momento crítico largamente preparado en los siglos—, concreto a la luz de la existencia histórica el advenimiento político de la burguesía productiva, así la futura y mayor revolución de la humanidad, hija de una substancial maduración biológica, dará a luz el advenimiento político de la intelectualidad consciente. No entiendo por intelectualidad esa sobrecarga mental embarazosa que es la cultura moderna —hecho exterior, que no otorga virtud a la personalidad—, sino que entiendo una maduración de raza, constructora de más altos designios, que harán del hombre un ser selecto, para la función social de comando. A esta

función de gobierno será adscripta —por inconfundibles cualidades de raza y no por superposición de cultura ni de títulos— una élite que ha de ser insustituible, de la manera que, en la naturaleza, ninguna célula del tejido muscular pueda sustituir a la célula que se confían funciones nerviosas y cerebrales.

Tal división del trabajo por especialización de capacidades constituye la única base biológica que puede justificar el concepto del futuro estado orgánico, diferenciado en las unidades compactas en su fusión, expresión viva del organismo biológico colectivo. Estado de sentido colaboracionista, en que, aparte de las funciones económicas y productivas, entran asimismo todas las funciones sociales y éticas. A esta substancia biológica habremos de referirnos siempre cuando querramos comprender el fenómeno político; no a construcciones ideológicas, sino a la realidad de la vida en sus raíces más hondas, que se intercalan en la fenomenología universal, su base indestructible.

Si la Edad Media, con sus condiciones sociales no evolucionadas, no podía ofrecer al individuo sino un sueño de liberación individual por las vías del apartamiento místico, *hoy ha nacido el Estado*, la sociedad se ha constituido en forma orgánica y en su seno puede el individuo alcanzar toda su realización. Si la Edad Media esperó construcciones prevalentemente individuales, *se vuelve a tomar ahora el ciclo de las construcciones y con-*

*quistas colectivas*; no es ya concebible el individuo aislado, aun cuando sea santo, en mística fuga del consorcio humano, sino el individuo fundido en él, en fecunda colaboración. Al presente podemos definir con más exactitud el poder como central psíquica y volitiva de una nación, y extender el concepto de Estado a todo el organismo nacional.

En su evolución, el concepto de Estado ha nacido del poder monárquico absoluto, tipo Luis XIV. En la larga lucha feudal una familia había vencido, sometiendo antes a otras, luego asimilándolas. Cumplida la tarea de la centralización del poder, antes disperso y sin cohesión en manos de múltiples régulos, otorgado el órgano central a una vasta colectividad, no se podía —por natural sucesión de tendencias—, dejar de elaborar en seguida el concepto de Estado en la evolución de las monarquías, las que en dicha elaboración agotaban su función histórica. Y el Estado se hizo, por su mérito, cada vez más orgánico, avanzando en profundidad, no ya para asediar al individuo, sino para valorarlo y elevar su conciencia; se hizo cada vez más rico en funciones y deberes, hasta la actual concepción del Estado.

En la actualidad no es ya el Estado un mero poder central superpuesto a un pueblo. Este era el Estado embrional hijo de la monarquía. Hoy no se admiten tales superposiciones. El Estado no

constituye sólo un poder central dominador, sino que es el cerebro de su pueblo y no puede ser otra cosa que la expresión de una conciencia nacional, de una unidad de espíritus, basada en una unidad ética. Si las unidades primordiales de la materia han alcanzado ya tan perfecta y maravillosa organización al reorganizarse en las unidades colectivas de los cristales (orientación molecular, génesis y crecimiento de un germen cristalino, reparación de las zonas mutiladas y reconstrucción exacta de la forma individual); si el psiquismo ha hecho ya explosión en la materia, fundiendo las moléculas en unidades orgánicas; imaginad a qué perfección habrá de llegar el mismo principio, y cuán maravillosa complejidad de formas deberá producir el mismo psiquismo, elevado, tras un camino evolutivo tan largo, a la condición de conciencia social, expandiendo finalmente su tendencia en la creación de las superiores unidades colectivas humanas. Por esta senda continuará el Estado su evolución, con la absorción y organización, y no sólo con la representación de todo un pueblo, en un proceso progresivo de descentralización y de centralización, de contactos cada vez más intensos entre periferia y centro. Con ello no se pulveriza la autoridad, antes bien, el pueblo se fusiona con ella en una corriente de flujos y reflujos que hace de él cada vez más un organismo funcional, consciente y compacto.

Nuestra concepción biológica de los fenómenos sociales y la concepción evolucionista del Estado nos han llevado, naturalmente, a esta visión actual de un Estado cada vez más unitario, y tal resulta, lógicamente situado en el marco de la fenomenología universal sobre el camino de la evolución colectiva y hacia la cima de la fase  $\alpha$ . He pedido a la realidad biológica que me diera las líneas del ideal social; y esa realidad repite, por doquiera y siempre, que el principio y la voluntad de la Ley es: trabajo-función, y división, especialización y organización de capacidades y actividades. Observad qué bases universales se han dado aquí a ese concepto del Estado: ningún sistema político ha sabido nunca justificarse con una filosofía científica que se remontase a la génesis de la materia, de la energía y de la vida. Conclusiones espontáneas, oprimidas en una jaula de racionalidades, necesarias en un organismo de conceptos y hechos como es el universo y esta Síntesis que lo describe.

Hoy ha nacido el Estado. No podían llamarse así los viejos organismos políticos basados en la dominación de clases, hasta el absurdo —ahora inadmisible— de un dominio extranjero. Al presente, un pueblo no constituye un dominio, sino un organismo, cuya alma es el Estado. Esta es la etapa actual de las unificaciones del individuo en colectividad, que avanzan de la familia, a la clase, la na-

luego en las cortes (clase aristocrática). El centro experimentaba todavía los orígenes familiares, el jefe era dominador de consanguíneos, el poder era hereditario. Lo cual demuestra que el poder ha nacido en la familia, en manos del jefe de ésta, y que *la familia es la institución básica de la sociedad humana*. En esta fase, el poder significa conquista, la función directiva atraviesa por la fase de lucha peculiar de las formaciones, correspondiente a la de la fuerza no llegada aún a la condición de derecho y justicia. Nos hallamos entonces en la perfección de la monarquía absoluta, del Rey Sol, que decía: "L'état c'est moi". Medio siglo de abusos con Luis XV y el sistema se derrumba con Luis XVI. Como todos los fenómenos, también el político procede por maduración de ciclos. La revolución reacciona con un poder absoluto confiado a la mayoría. El rey era el pueblo. Se llamó poder representativo, democrático; pasó del máximo de centralización al máximo de descentralización.

Así avanzaba la evolución del comando, por excesos y reacciones extremas, con tendencia constante al abuso, porque el hombre no había evolucionado todavía, la causa no estaba perfeccionada; avanzaba mediante una serie de enérgicos contragolpes, pues la ley de equilibrio imponía la necesidad de una corrección continua. En un estado de inconsciencia que engendraba abusos y excesos, la evolución no

podía marchar sino oscilando entre tendencias y contratendencias. El concepto de la soberanía popular nacía como reacción contra el abuso de la soberanía de uno solo. Pero, substancialmente, a la arbitrariedad de uno solo sucedió la arbitrariedad de las muchedumbres.

Se cree únicamente en los cambios de sistemas y no se ve que la substancia decisiva es la maduración del hombre. La revolución francesa inició al pueblo en el difícil arte del comando, mas desde los primeros momentos el pueblo se mostró incompetente e inconsciente, excediéndose en los peores abusos. Es que el poder exige la más elevada madurez de conciencia; constituye una gran fuerza, que resulta peligroso poner en manos de un niño. Empero desde entonces el pueblo comenzó a estudiar el nuevo arte y a resolver el nuevo problema. Así, abuso y reacción se amortiguarán de modo progresivo y ha de conquistarse la substancia, que es el contenido de todos estos cambios: la conciencia colectiva, la formación del "Yo" de la unidad social. Sólo en este sentido, es decir, el de ser en su ejercicio, instrumento de formación de conciencia, el poder representativo no podía constituir un absurdo en sus albores, porque presume una conciencia colectiva que a la sazón estaba a punto de formarse, efecto del trabajo del Estado, y no causa de su construcción. Pero, como hemos visto, función y ór-

gano se apuntalan, creándose mutuamente. Ha ocurrido, entonces, que por el mismo principio de corrección del abuso, según el cual el sistema representativo había corregido al poder monárquico absoluto, un nuevo poder centralizado ha corregido los abusos del poder representativo. La ineficacia de la descentralización ha llevado nuevamente a la centralización. De modo que oligarquías y democracias se alternan y se compensan mutuamente.

Esta oscilación entre los dos extremos no sólo tiene la función de restablecer el equilibrio de la ley; es además la técnica evolutiva en que se elabora el hombre como material político constitutivo. Aquel alternarse de sistemas no constituye una mera compensación de contrarios, sino que es un apuntalamiento de tendencias y contratendencias, un juego de fuerzas de cuyo contraste brota un progreso íntimo. La eliminación de la arbitrariedad se obtiene no sólo mediante los controles externos, sino, sobre todo, por maduración de las conciencias. ¡Cuánto más atemperada puede ser la oligarquía, tras un siglo de experiencia democrática, si ha aprendido a realizar civilmente las resoluciones, a inclinarse ante el pueblo, a encontrar en su elevación la propia función justificadora! ¡Y con qué madurez podrá volverse a la democracia cuando la oligarquía haya realizado su función de formar la conciencia en un pueblo! ¡A qué dis-

tancia se hallará este pueblo de aquel que comenzaba su vida política con la revolución francesa! ¡El contragolpe será mucho más civilizado y fecundo, en un pueblo que, por mérito de un poder centralizado, ha sido educado para elegir y gobernar, para evolucionar en las concepciones sociales. Tal la evolución política de la unidad colectiva, paralela a la evolución en todos los terrenos.

Detengámonos en la concepción del Estado futuro, después de haberlo orientado así en el tiempo y en su transformación ascensional. Concepción nueva y atrevida, base, en el campo social, de la nueva civilización del tercer milenio. Estado democrático y aristocrático a la par, representa la fusión de los dos principios de centralización y descentralización, ambos necesarios. El, en su función unitaria, crea una colectividad más compacta, en cuyo seno el individuo ya no constituye un miembro desordenado de un rebaño desordenado también, sino que es soldado de un ejército en marcha, en el que vibra el alma del jefe. Por vez primero en la historia, el Estado hace del pueblo un organismo en cuyo centro, fundido con él, se opera la síntesis de voluntad y de poderes. En el Estado por venir, el pueblo, no es ya un rebaño gobernado, que sólo debe dar y obedecer, sino que es el cuerpo del cerebro central (el gobierno), el organismo de aquella alma directriz, que lo penetra en todas partes y lo vivifica

con sus tentáculos y ramificaciones nerviosas. No es ya un jefe, clase o mayoría que manda por sí, sino una rendición de deberes en la cooperación, una fusión completa en un trabajo y una meta comunes. Es verdad que, históricamente, se ha fijado en el alma de las masas por hábito milenar, una indiferencia hacia el poder central, mudable y ausente, pero invariablemente amo, ante el cual el pueblo debía permanecer siempre igualmente doblegado en su posición de siervo. Se ha formado de esta suerte un instinto de aquiescencia

pasiva, de soportamiento y de desinterés, como hacia algo que no afecta a uno, que no obra más que para pesar sobre un pueblo educado en la virtud del sufrir y del callar. El Estado moderno ha de comenzar con la tarea de demolición de esta psicología del ausentismo político que se ha fijado en el alma colectiva. Pensad que ninguna concepción y realización política es jamás una meta última definitivamente alcanzada, sino que constituye la síntesis de todo el pasado y es asimismo el germen de un inmenso porvenir.

---

**DIGAME...** (viene de la pág. 12)

par, ganan mucho al equilibrarla prudentemente con una eficaz dosis de sentido común. De lo contrario corren el riesgo de ser objeto de sutiles modalidades de autoengaño y su poderosa imaginación les convencerá de la validez de falsas verdades. En este caso originan desastres a menudo definitivos en su existencia, porque el desajuste entre la realidad y sus aplicaciones provoca duras crisis e intensos sufrimientos. Su mejor refugio y salida en tales circunstancias es intentar la realización de alguna labor artística don-

de se sublimarán sus inquietudes, sus incertidumbres, su talento y su vida toda.

Confesamos haber quedado admirados luego de terminar nuestra erudita amiga su exposición. Muchas actitudes nos resultan ahora claras; muchos gestos incomprensibles en su oportunidad se nos hicieron diáfanos. Hasta sonreímos de nuestra suficiencia ignorante. ¿Cómo no habíamos pensado en la importancia de Mercurio, el mensajero de los Dioses, el planeta que rige la mente de los seres humanos?

Suscríbase a **CONOCIMIENTO** y haga un nuevo suscriptor.  
Hágalo ahora mismo.